

LA CATEDRAL DE BURGOS

ALGO SOBRE SUS ACHAQUES, SUS REMEDIOS Y ALGUNAS CURIOSIDADES

Como es sabido, en 1221 se pone la primera piedra por el Rey Fernando y el Obispo D. Mauricio.

A los nueve años ya se reza en su altar Mayor. Luego se suceden remates de sus naves y yuxtaposición de Capillas desde la más antigua de San Nicolás, restos de la primitiva Catedral de Alfonso VI del siglo XII, hasta la última de Santa Tecla (1736) del arte Churrigueresco, proyectado por Alberto Churriguera, hermano del gran José. (Fig. 1).

Desde entonces sólo se han realizado complementos para reparar, reforzar y en resumen conservar sus elementos más importantes, torres y agujas (1.885 a 1925) por los Arquitectos Velázquez Bosco, Apráiz, Lampérez y otros no descendiendo a acometer con amplitud el remedio de grandes deterioros.

Pero en el año 1973 se toma conciencia por el Cabildo y se aprecia por los burgaleses, que las goteras invaden hasta los más incógnitos rincones, y que la piedra de su flamante floritura ojival exterior, se va consumiendo y deteriorando a paso acelerado.

Ya en el invierno de dicho año el Cabildo y su Dean, D. Buenaventura Díez y Díez (q. e. p. d.), toman el acuerdo de dirigirse a mí, para proponerme el encargo de un amplio proyecto que abarque la totalidad de las cubiertas de la Catedral para iniciar las pertinentes obras de reparación ya muy acuciantes, de máxima urgencia, ya que en el informe previo por mí emitido antes de proceder al estudio, hice saber lo peligrosas que estaban todas las cubiertas, con ruina muy acusada y amenazante, casi inminente, en muchas de ellas. (Fig. 3, 4, 5 y 6).

Me faltarán siempre palabras para mostrar mi agradecimiento, a la confianza puesta en mí persona, para entregar en mis manos tamaño maravilla universal, que me confiere la gran fortuna de intervenir en ella, entregándome de lleno con mis mejores propósitos y conocimientos para salir airoso de tan importante y responsable cometido.

Mi «hobby» fue siempre mi profesión, con verdadera vocación y dedicación a ella, pero con la Catedral, se convirtió en «hobby» de «hobbys», viviendo desde entonces con mi espíritu impregnado de sueños para conseguir lo mejor para nuestra Catedral, conservando y realzando sus bellezas, intocables, sin la más leve mancha. Que mi paso por ella sea eficaz pero inadvertido, y que sus achaques se acaben como si nada hubiera pasado.

Después de casi seis meses de trabajo de investigación, toma de datos y estudio, se presentó el proyecto el 18 de junio de 1974 al Cabildo, el cual le traslada inmediatamente al Ministerio de Educación, en su departamento de Bellas Artes; allí, tristemente, duerme en el sueño del olvido, sin dar la importancia que merece la mejor Catedral de España, esto sin eufemismos, y de las más bellas y conseguidas de Europa; pero la providencia viene a despertar de su letargo al Ministerio con un primer aldabonazo. La techumbre de la Capilla de Santa Teresa se hunde el 3 de septiembre de 1975. Tiene resonancia internacional; los periódicos y revistas extranjeros se interesan grandemente afectados y me llaman por conferencia telefónica con la angustia y el deseo de saber: ¿Se hunde la Catedral? Entonces entran los desasosigos y las prisas ministeriales, grandes preocupaciones al Cabildo, y toda la ciudad se estremece de temores.

El Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, me pide con gran interés y urgencia para su Archivo Histórico Artístico, un ejemplar de mi proyecto, del que se han enterado que contiene meticulosa y exhaustivamente todas las estructuras antiguas de madera con todo detalle y medidas (algunos tinglados eran ingeniosos) y las reparaciones y sustituciones que en mi documentado estudio se proponen, y le envió generosamente un ejemplar, pagado tan sólo por el honor que me otorga el hecho de formar parte de su Archivo Histórico Artístico. (Fig. 2).

Inmediatamente se reúnen los cinco primeros millones con aportaciones del Cabildo y Ministerio por mitades y con la colaboración urgente de entidades, principalmente las Cajas de Ahorros locales, y se empieza a marchar en el arduo y penoso trabajo de retirar escombros, y el empleo en principio muy despacio, de los remedios de reconstrucción a aplicar en diversos proyectos parciales sucesivos.

El primero abarca la reconstrucción de Santa Tecla, cuya cubierta de ruída había dado tales goteras que algunos trozos de la ornamentación churrigueresca de su cúpula por la parte interior, habían caído, afortunadamente no muchos, hasta el punto de no apreciarse hoy con la simple visión contemplativa, pero que presagiaban un continuado deterioro.

Al hacer el estudio concienzudo de esta cubierta, me encuentro en primer lugar con una semiesfera muy peraltada, que para un diámetro libre de 12 metros no tiene más que un espesor de 12 centímetros, formado por aglomerado de cal y arena, sin ladrillo alguno, sin duda construida sobre cimbra perfecta de madera, sobre la cual se extendió el mortero, descimbrándose una vez fraguado y quedando su estabilidad análoga a la de una cáscara de huevo, sin apreciables empujes en su perímetro de apoyo.

Dado el deterioro producido por la humedad en dicha bóveda, lo primero que hube de hacer, para aminorar mi responsabilidad sobre un posible hundimiento durante los trabajos, o en el futuro por haber observado grietas diseminadas en ella, fue protegerla de las lluvias, pero con aireación para dejarla secar, y luego en primavera y verano, recubrirla externamente con una caperuza (a modo de alambra de los braseros) compuesta de hierros redondos colocados en forma de meridianos y paralelos, de más a menos desde abajo, que empiezan con doble fila hasta terminar arriba con filas sencillas, formando un entrelazado de mallas metálicas, perfectamente acomodado a la forma esférica.

Luego se idean unas grapas angulares, para introducirlas en unos orificios taladrados con brocas finas y sin vibraciones, en una profundidad de unos tres centímetros, dejando la parte angular torcida expresamente, enganchada a la red de paralelos y meridianos, a razón de tres grapas por metro cuadrados de superficie esférica de la bóveda, rellenando los orificios uno por uno, con mortero muy rico. Luego se fue llenando de hormigón de árido muy fino, en fracciones de coronas circulares, empezando por abajo en un espesor de 12 cms. y terminando en 6 centímetros en la cúspide. Todo ello sobre un octógono de perfiles laminados muy priesos, que se apoyan en los muros dejando libre toda la bóveda. (Fig. 7).

La simplicidad de esta monografía no permite acompañar más gráficos y fotos que formarán parte de un futuro libro, que sobre los últimos tiempos de la Catedral espero publicar.

De la manera indicada, la bóveda antigua de Churriguera, meritoria en grado sumo por la valentía de su ligereza, quedó como único medio de con-

servarla, encorsetada y colgada de la infinidad de grapas colocadas y del armazón descrito, sobre otra nueva de plena garantía de estabilidad y duración, que preservará a la genuina, de los avatares de una posible ruina que con estas medidas ha quedado ya eliminada y olvidada para siempre.

Quedaba para rematar la obra, la cubierta propiamente dicha, que había de ser estudiada a fondo, pues la antigua de madera, se apoyaba en parte en la bóveda, produciendo en ella fatigas y distorsiones que originaban las grietas mencionadas, y que nosotros habíamos de evitar a todo trance.

Entonces se idearon ocho palomillas que habían de actuar en voladizo, formadas por un pilar metálico apoyado en cada vértice del octógono metálico de la base, desde cuyo punto más alto del pilar salía una viga inclinada, que se apoyaba fuertemente soldada en dicho punto y en otro que era el extremo de un jalcón que partía de la base del pilar (respetando la superficie de la esfera sin tocarla), el cual dividía los brazos de palanca, desde este punto al extremo del pilar, unido a él por fuertes soldaduras y desde este punto al final del voladizo, de modo que los ocho brazos volados que salvaban la esfera coincidían en un solo vértice formando una pirámide achatada toda ella volada; para aliviar parte del vuelo se puso una a modo de rueda de radios metálicos uniendo todos los ocho voladizos y un cerco octogonal, cuyo plano formado por esa rueda, quedaba separado del punto más alto de la semiesfera unos seis centímetros, con lo cual se liberaba la longitud del vuelo de cada palomilla en un metro, consiguiéndose un mejor trabajo de toda la estructura y una mayor estabilidad en absoluto equilibrio, ya que las cargas habían de ser perfectamente iguales en toda la cubierta de esta pirámide. (Fig. 8).

Luego se complementa todo el espacio de cubierta del trapecio circunscrito, pero no a tres aguas como estaba, apoyando dos faldones y la cumbrera en la cara izquierda de la torre izquierda, mellándola y tapando en gran parte sus ventanales, sino a cuatro aguas, liberando totalmente a la torre de tal atenzamiento perjudicial, quedando la totalidad de la cubierta formando una verdadera pirámide de tejado, muy achatada, a pesar de dejar la alta semiesfera totalmente libre de cualquier contacto de cubierta con bóveda.

Todos estos laboriosos trabajos de muy detenida y escrupulosa ejecución se realizaron con un presupuesto que no llegó a cinco millones de pesetas abarcando todos los materiales, incluso las grandes vigas de base y los de las fuertes palomillas, todo ello de acero laminado.

Luego de la reparación de esta capilla, la más comprometida y meticolosa, se ha continuado con la de la Capilla de Santa Ana, también con al-

guna complicación en los nuevos cuchillos de armadura metálica, para liberar sus dos bóvedas de los apeos y apoyos que tenían en ellas sus armaduras antiguas, que iban deformando, además, ligeramente el equilibrio de dichas bóvedas. (Fig. 9).

También han quedado reparadas las capillas de San Nicolás, San Antonio, San Gregorio, Cúpula de La Natividad, Naves laterales y girola, Nave Central del abside del Altar Mayor, Nave Central anterior a la plaza de Santa María, Naves entre torres, Claustro, Naves transversales del Sarmental y de la Escalera Dorada, por cierto que esta última correspondiente al brazo derecho, de la Cruz que forma con la Nave Mayor longitudinal, no está perpendicular, sino que presenta una irregularidad de 3 grados hacia abajo, cuyo ángulo en lugar de ser recto no mide más que 87 grados.

Como curiosidad inédita, hay que decir que no hemos encontrado una razón o motivación de esta anomalía, porque en el siglo XIII no cabe ya este error de replanteo en su geometría perfecta; la capilla contigua de San Nicolás, conservada como resto de la Catedral de Alfonso VI, tampoco es su causante, como así tampoco lo es la calle de Fernán González, con un nivel superior en unos ocho metros sobre el suelo de la Nave que tratamos; por todo ello no se me ha ocurrido admitir como justificación, más que conociendo la acentuada religiosidad, a veces fanática de aquellos remotos tiempos, que se hiciese a propósito, como símbolo de la Crucifixión en que al reclinar la cabeza del Crucificado sobre el brazo derecho, éste estaba algo inclinado.

Han sido asimismo restauradas: Las Capillas de los Remedios (Santo Cristo de Burgos), Vestuarios de Canónigos, Sacristía y Capilla con cúpula de la Presentación, Capilla de las Reliquias, San Juan de Sahagún y su Sacristía, Sacristía y Capilla de Santa Isabel, Nave Transversal y Capilla de San Enrique.

En la fecha en que estas líneas salen a la luz, están aprobados por el Departamento de Bellas Artes del Ministerio de Cultura, técnica y artísticamente, aunque no realizados, los proyectos de restauración de la Cúpula de la Sacristía del Altar Mayor, la de las Capillas del Condestable, de Santiago, de Santa Catalina, Archivo, Antigua Parroquia de Santiago de la Fuente, aneja a la Capilla de Santa Tecla, y la Linterna del Crucero o Címborio plateresco de Juan de Vallejo.

De la cubierta de éste, que es la obra más admirable y culminante en la Catedral, que puede considerarse como una segunda Catedral encima de ella, sobre cuatro columnas robustecidas cilíndricas circunscribiendo las pri-

mitivas de Juan de Colonia, que cedieron derrumbándose con estrépito la primitiva linterna en 1539, vamos a rescatar a la luz cenital la oscuridad en que hoy están sumidos esos maravillosos dibujos calados sutilmente en la fina piedra que forma la bóveda casi plana de su cima, fieles exponentes de las formas, ojivales, moriscas y genuinamente burgaleses de aquel tiempo de 1568.

Este propósito de obtener «luz del cielo» para la Catedral ha sido una premisa que me impuse, en cuanto tuve bóvedas y cubiertas a mi disposición para restaurarlas y mejorarlas; y así, en cuanto le tocó su turno a la Capilla de los Remedios, conocida como del Santo Cristo de Burgos, observé dos calados sencillos, pero no por ello menos importantes, en la piedra de las bóvedas de las dos capillitas laterales del altar, que estaban oscuras como boca de lobo, y al levantar la vieja techumbre de madera que los ocultaba, han sido recuperadas dándolas luz cenital de la que tan necesitadas estaban.

Algo análogo se ha realizado en la Capilla de la Presentación o de San José, contigua a la del Cristo (llamada también de Lerma por su fundador), cuya primorosa linterna, culminada en una bóveda de aristas, estrellada de ocho puntas, ostenta en su centro un artístico medallón calado en la piedra, que antes ciego, hemos rescatado también alcanzando la luz celeste, por una claraboya en forma de pirámide octogonal, achatada con lunas especiales Stadip, antichoques para defenderse de los peligros del granizo, a veces de tamaño peligroso como nueces en algunos amenazantes pedriscos, no frecuentes por fortuna.

También he realizado la misma operación, de ganar luz, en la Capilla de Mena, sita en un ángulo del Claustro, en la que hoy vemos iluminados cuatro óvalos asemejando un trébol de cuatro hojas relucientes, que cierra su pequeña bóveda.

Igualmente, en el Claustro, se han ganado, por medio de cuatro claraboyas, luces antes ciegas, que hoy aportan su claridad a varias capillas colindantes con él.

Pues bien; en esta carrera de ganar luminosidad en todo el ámbito del interior de la Catedral, no hemos dudado en culminar con «broche de brillantes» la bóveda de la linterna del crucero, convirtiéndole en un cimborrio luminoso, liberándole de las tinieblas que hoy la cubren, que le da tristeza cuando los orantes elevan su mirada hacia las alturas, y una vez terminada la obra que comenzaremos este año, cambiarán la visión, liberándola de aquellas tinieblas, y ganando la luz celestial, viendo el cielo a través

de sus inigualables calados, resaltando la magnificencia de este crucero, único entre las catedrales góticas del mundo.

El estudio técnico para esta perseguida luz, consistió en una pirámide octogonal muy achatada, con lunas reforzadas, que cubrían once metros de diámetro entre vértices, con una superficie de iluminación natural de unos noventa metros cuadrados.

Tal estudio encerraba muchas dificultades, que fueron todas soslayadas y vencidas: dilataciones del acero inoxidable que servía de soporte a las lunas y las propias del cristal; la recogida de aguas de lluvia y su fácil evacuación, estudio de la cámara de aire entre cristal y bóvedas, con sus variaciones entre las temperaturas de invierno y verano, de acuerdo con las leyes de Boyle y Mariotte y de Gay Lussac, así como en evitación de las condensaciones posibles entre el cristal producidas por las temperaturas interiores con calefacción y las exteriores del invierno hasta 20° c bajo cero, y otras de menor importancia, como productos de aislamiento, neoprenos, siliconas, etc.

El estudio mereció la aprobación técnica del Consejo Asesor del Ministerio, Organismo especial superior al que se someten aquellos proyectos que por su importancia y responsabilidad en monumentos relevantes lo merecen, como en este caso es la Catedral de Burgos; pero su coste de alrededor de cuatro millones fue considerado grande en estos momentos, en que las necesidades perentorias son todavía muy importantes y urgentes, y se me instó a estudiar otra solución menos costosa, guardándose esta solución óptima descrita, en el Ministerio, para otro momento más propicio del futuro.

La solución segunda adoptada y aprobada ya como definitiva por el Ministerio, consiste en un núcleo alto constituido por un casquete plástico transparente de más de un metro de diámetro, rodeado de ocho trapecios de luna antichoque adyacentes al mismo, y otras 24 claraboyas pentagonales de forma rectangular terminadas en punta, para la fácil evacuación de las aguas y distribuidas a razón de tres de estas en cada triángulo que compone las ocho caras de la pirámide achatada que conforma la cubierta del cimborrio, formando un conjunto muy armonioso que se podrá contemplar y a la vez admirar su aspecto una vez terminada y con ella todas las cubiertas de la Catedral, con una fotografía aérea que yo mismo encargaré a mis expensas, si el Ministerio no creyera documento digno de poseer para el futuro. Esta solución rebajó el presupuesto en dos millones, costando lo proyectado solamente otros dos millones. (Fig. 10).

El beneficio auténtico de las nuevas cubiertas se ha visto corroborado con el desgraciado paso por nuestra ciudad del nefasto vendaval que el día 30 de diciembre de 1981, como estigma de fin de año, arrebató vidas y asoló nuestros paseos urbanos y parques, que tampoco dejó tranquila a la Catedral, que sufrió las consecuencias de tan furibundo huracán, rompiendo vidrieras y desgajando fragmentos de piedras de la ornamentación exterior, tan profusa y florida que la reviste con mérito difícilmente igualado por otras catedrales, y que cayeron estrepitosamente sobre las nuevas cubiertas, no sufriendo estas más erosión y desperfectos que la simple rotura de las tejas que abarcaron sus impactos, pero no pudieron dejar huella ninguna sobre los faldones de cubierta, estudiados para toda clase de eventualidades y para el más obstinado y pertinaz régimen de lluvias.

Hoy se puede andar por los desvanes y pasear por el exterior de las cubiertas con toda facilidad, sin encontrar ningún obstáculo en aquéllos y sin pisar una sola teja en éstas.

Compaginándose con la reparación de las cubiertas, se han restaurado y a veces restituido piedras de las que componen la arquitectura de la Catedral, es decir, de módulos repetidos de talle y labra, principalmente en pináculos, gárgolas y antepechos, balaustres y pasamanos, y así se han realizado en la zona de Fernán González, en Santa Tecla y en la Capilla de la Natividad, y están proyectadas, aunque todavía no realizadas, las reparaciones de dieciséis pináculos que rematan las fachadas del Címborrio a nivel de su cubierta, así como las balconadas baja y media de la fachada principal, que juntamente con los pináculos y algunas gárgolas son verdaderamente peligrosas, amenazando caer en la vía pública. (Fgs. 11, 12 y 13).

Las labores en la piedra son muy necesarias y han de llevar una continuidad de ocho o diez años si se quiere que la Catedral siga manteniendo la profusión de adornos del gótico florido general y plateresco de su Címborrio, que la distinguen, y que de no mediar un cuidado por ahora permanente, está expuesta a desaparecer.

También han merecido atención su colección de vidrieras, algunas de verdadero mérito y antigüedad, como las de la Capilla del Condestable, y de las naves transversales, y aún las demás de menor valor, que precisan con urgencia una restauración en sus faltas y roturas y a la vez protección de los agentes atmosféricos y de las palomas que están produciendo grandes perjuicios en estas (y en otros puntos de la Catedral), para lo que están en estudio fuertes defensas de luna por el exterior.

En pavimentos artísticos se restaura este año el de la Capilla del Condestable, de gran valor de época, y también nos proponemos estudiar y resolver en su día, la liberación del trascoro, cuyo fondo taponó, desde tiempos del Cardenal Zapata, 1626, lo que siempre estuvo abierto a la contemplación desde la entrada principal de la Puerta de Santa María: su nave Mayor, el Crucero y el Altar Mayor.

Ese tapón reduce al espacio general en la entrada a un vestíbulo lóbrego y desconcertante, porque sólo al ingresar ya tienen los visitantes que derivar a las naves laterales izquierda o derecha con un confusionismo que desorienta y no deja ver la grandiosidad y magnificencia del conjunto desde la Nave Mayor; siendo de arquitectura anodina y antagónica con cuanto le rodea, indigna de haberse realizado en época alguna; es la mayor mancha caída en la Catedral, aunque hay otras dignas de consideración, como la propia puerta de Santa María con que nos «obsequiaron» tiempos de invasión extranjera.

Como cosas curiosas podemos decir que en el ambular por los desvanes hemos encontrado vestigios al uso de aquellos tiempos, como unos volantes a modo de timones de barco que empleaban antiguamente para el colgado de lámparas, banderines y estandartes; poleas y tornos sencillos para los mismos fines, todo lo cual han sido conservados intactos y en sus propios lugares; también hemos podido encontrar las firmas de obreros y operarios de todos los oficios con las fechas en que actuaron en la catedral, como honra de sí mismos, perpetuando su intervención en tamaña joya arquitectónica; hay un Johan Pérez que se prodiga, otros vidrieros, fontaneros, albañiles y canteros cuya enumeración sería prolija.

Otras curiosidades dignas de consignar es la verdadera domiciliación de un campanero, instalado en la base de la torre derecha, donde alternaba su batido de campanas, con su oficio de zapatero remendón, habiendo encontrado una amplia garita de madera que hemos conservado intacta, que le servía de reposo y de dormitorio entre campanas y campanadas, con una horma yunque que hoy tiene el mérito de reliquia.

Hoy ya el toque de campanas para las solemnidades se hace por medio de motores eléctricos con manejo desde abajo, y tampoco tiene ya razón de existencia otro cobertizo externo feo y desvencijado de ladrillos y adobes, que existía entre las dos torres, sobre la techumbre de la nave principal, construido no se sabe cuando como estorbo parásito, para proteger al sufrido campanero y que tapaba el frontón alto de la fachada principal de Santa María, que hoy luce su bella estatuaria, sobre fondo calado, en lugar

de tapado por aquel engendro al que me cupo la satisfacción de derruir, realizando las esculturas que tanto embellecen esa fachada principal.

Más detalles inéditos podríamos describir, pero consideramos suficiente para dar idea clara de lo realizado y visto en la Catedral desde aquel día 3 de septiembre de 1975, que fue, dentro de ser lamentable, el factor desencadenante, que mentalizó a los altos poderes públicos de la necesidad que tenía este monumento universal, por el cual se conoce a Burgos en el mapa mundial, de dedicarle cuidados imprescindibles para su subsistencia y que hoy, hay que reconocerlo, esta ayuda se va incrementando en años sucesivos en progresión en verdad creciente.

Ello servirá para que dentro de ocho o diez años, si se sigue sin desmayo esta ruta, se puede decir que la Catedral de Burgos tiene garantizada su durabilidad, aunque con un ligero cuidado permanente para siempre, es decir, para contar su futuro por milenios y no como hasta ahora por siglos.

Hago votos para que así lo veamos y vean las generaciones que nos sucedan.

Marcos RICO SANTAMARIA

*Doctor Arquitecto de la Real Academia de Doctores, y
Numerario de la Institución Fernán González*



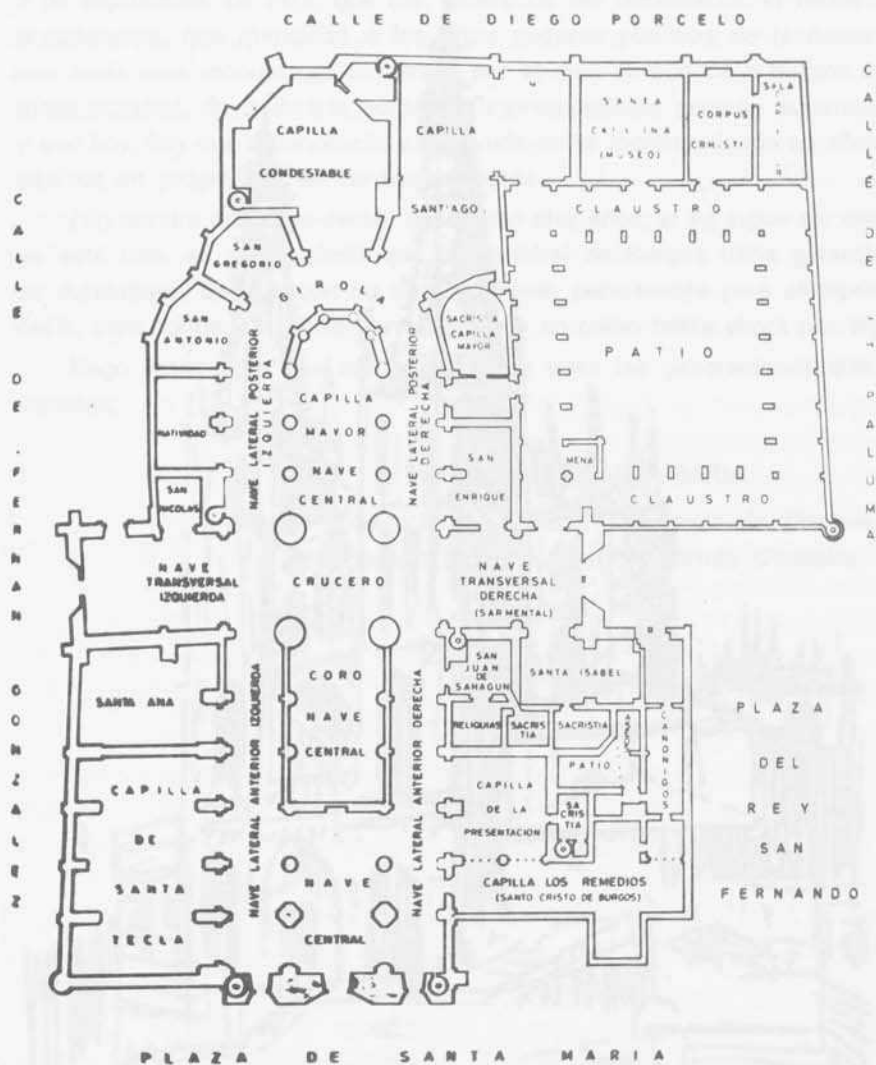


Figura 1.—Catedral de Burgos. Planta General.

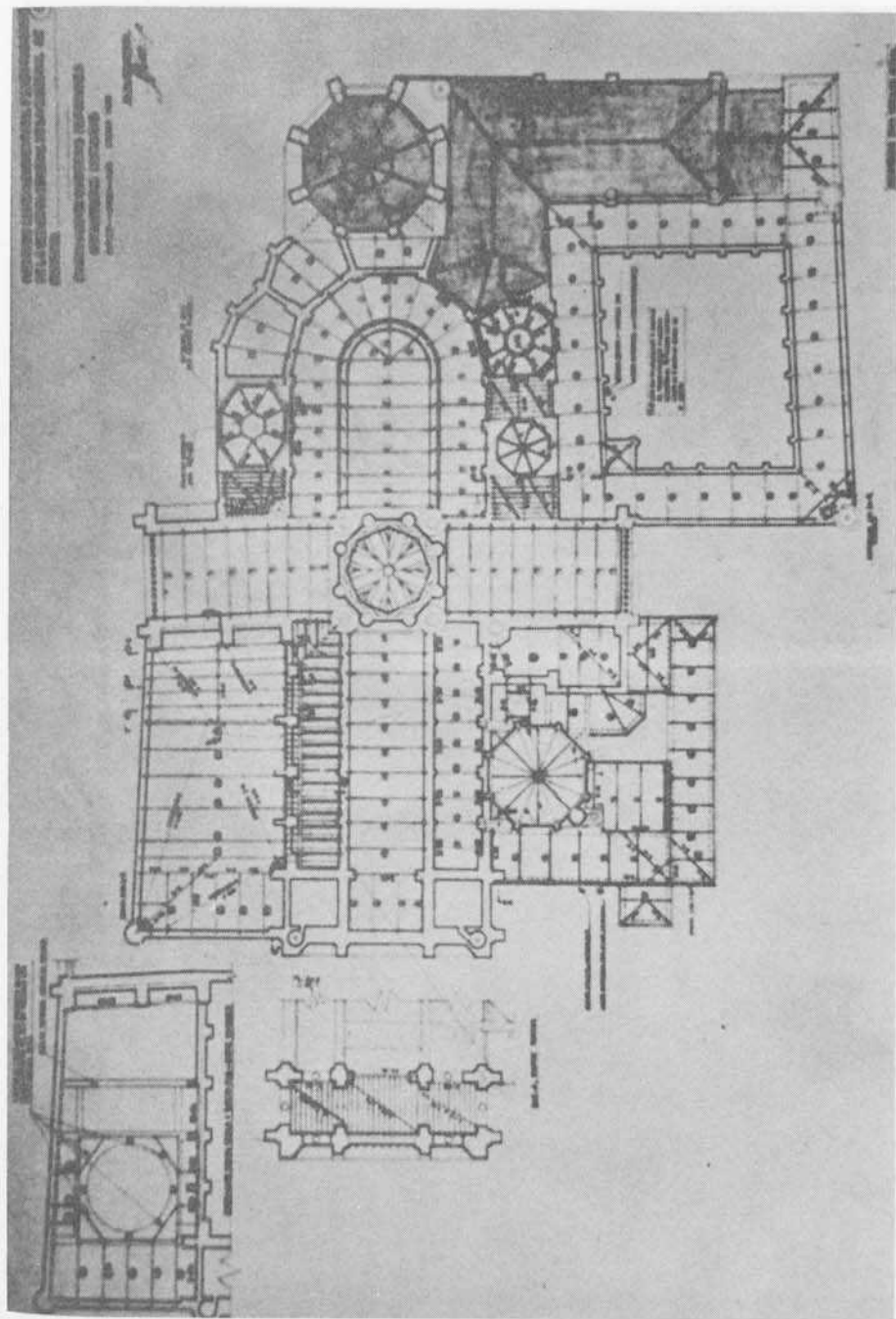
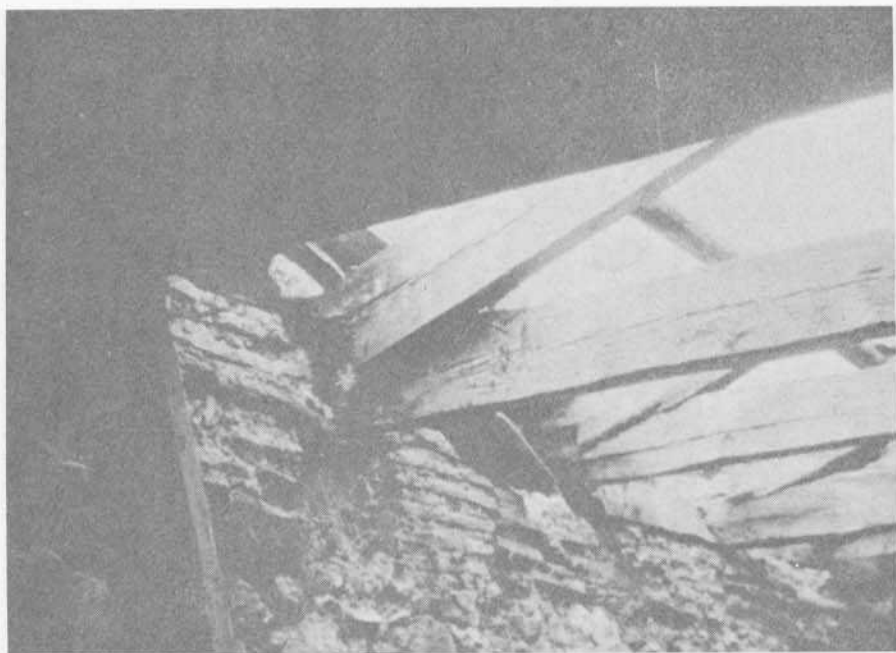


Figura 2. — Catedral de Burgos. Planta general de armaduras ruinosas de madera



Figuras 3 y 4. — Maderas ruinosas y estado caótico en Santa Tecla



Figuras 5 y 6.—Ruinas, remiendos y apeos en la propia bóveda en la Capilla de Santa Ana

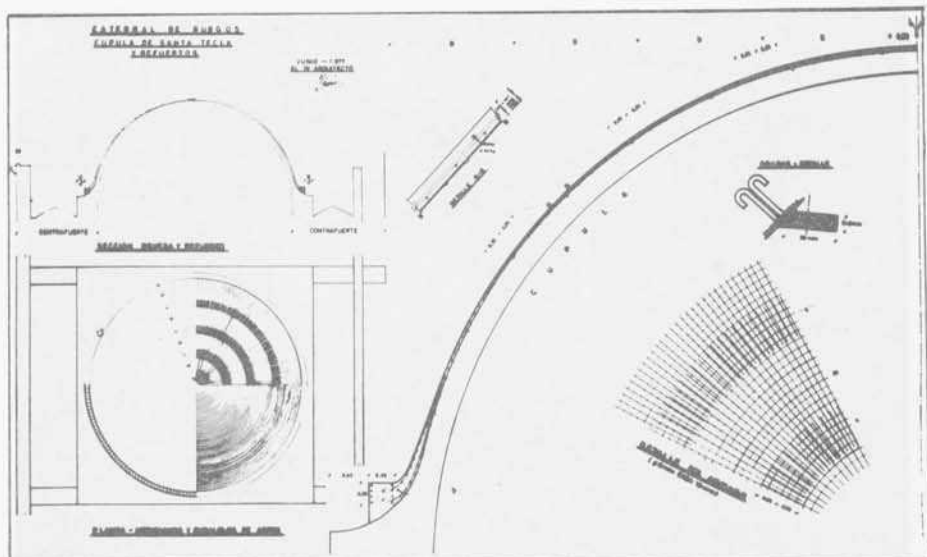


Figura 7.— Refuerzos de la Cúpula de Santa Tecla

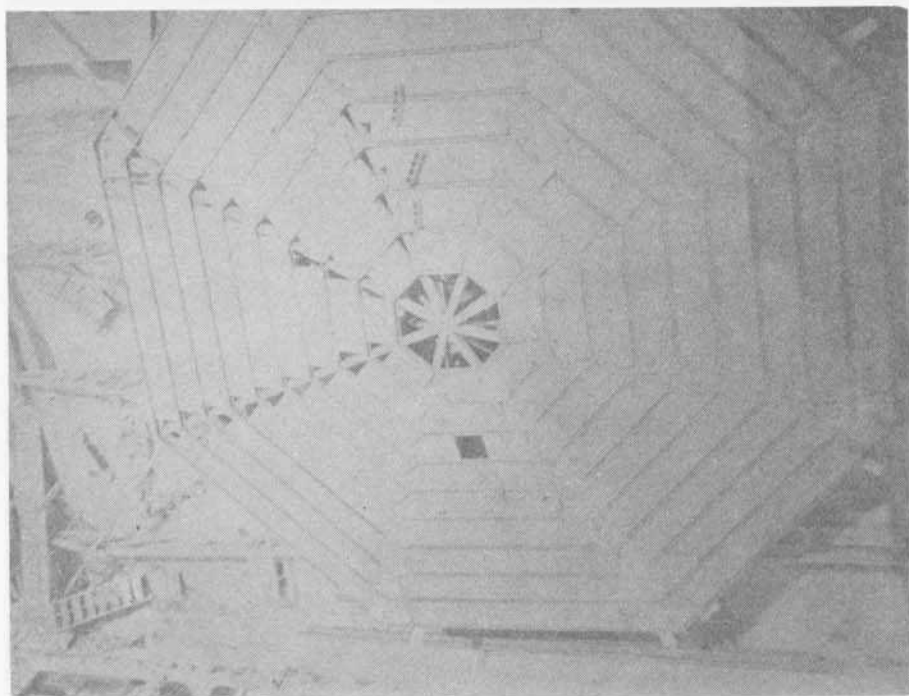


Figura 8.— Estructura final de la cubierta de Santa Tecla

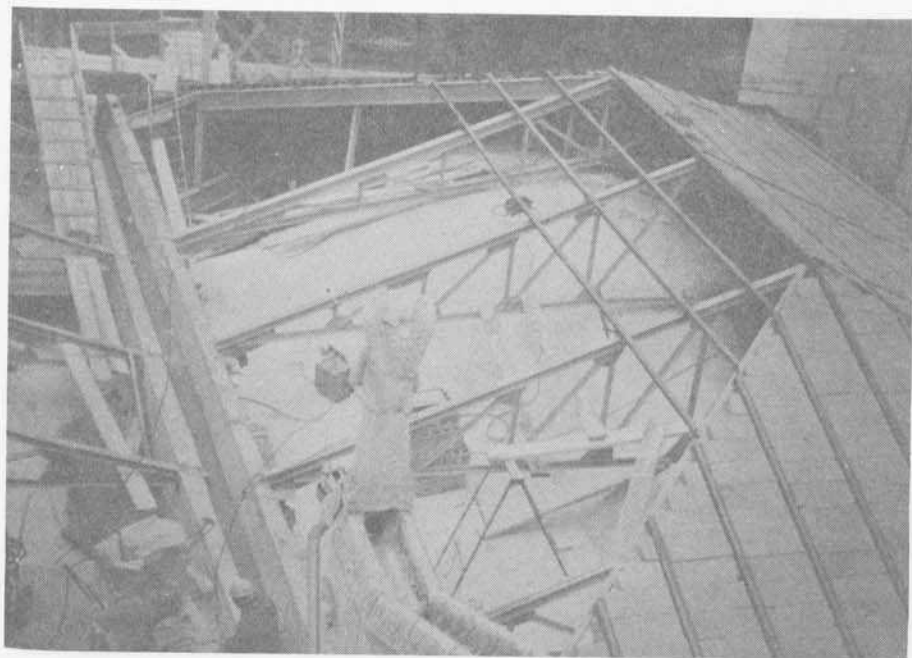


Figura 9. — Estructura metálica final de la Capilla de Santa Ana

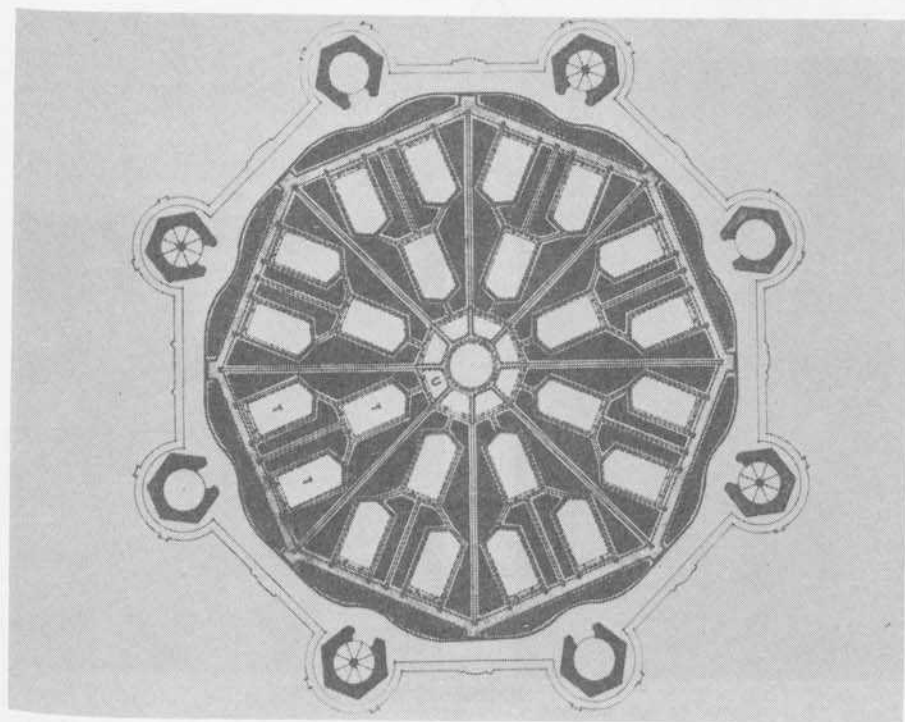


Figura 10. — Cubierta calada con lucernas en el Cimborrio. Vista aérea (en proyecto)

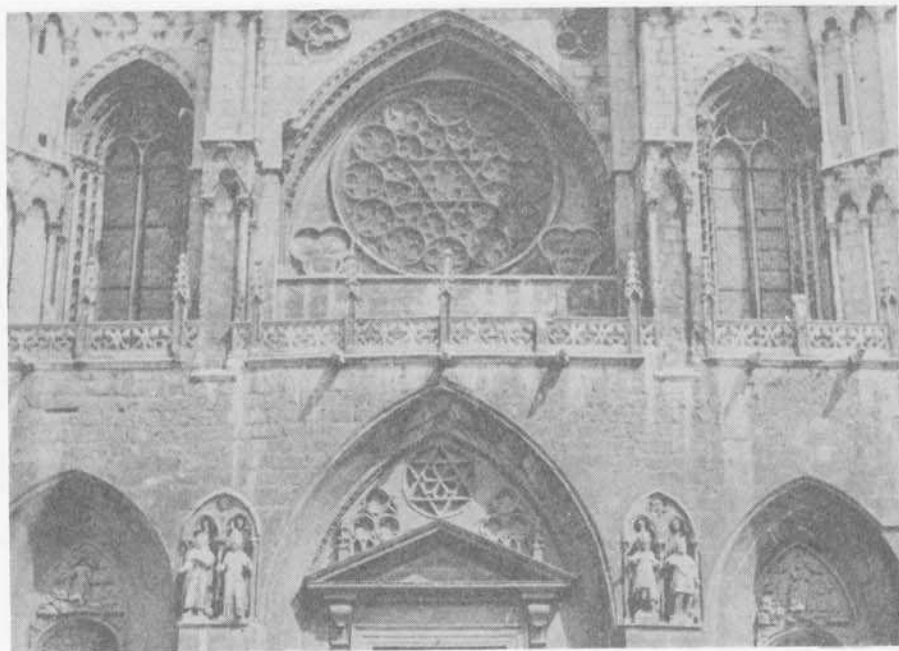


Figura 11. — Deplorable estado de la Balconada Baja de la fachada principal, casi destruida



Figura 12. — Alguno de los muchos pináculos mutilados

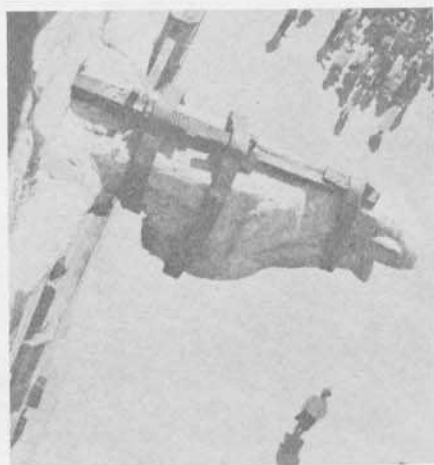


Figura 13. — Una górgola encorsetada